

# La lectura y el libro electrónico

Federico Álvarez

*Federico Álvarez Arregui reflexiona acerca del tránsito entre el libro impreso y su versión en formato digital, que hoy puede encontrarse en las diversas tabletas electrónicas. Su cuestionamiento principal es la conversión de la cultura y la lectura como una de las formas de la industria del entretenimiento.*

Lamento empezar mi ponencia diciendo que voy a ser bastante escéptico sobre el tema que nos ocupa, aunque espero no caer en el pesimismo. Siempre se puede hacer algo. El programa indica que en esta mesa hablaremos sobre “Viejas y nuevas lecturas”, y es obvio que voy a referirme a las “viejas”, las de aquellos tiempos en que, salidos apenas de la adolescencia, nos arrebatábamos de las manos *El lobo estepario* o *Manhattan Transfer*. Ante un tema de tan última tecnología voy a proponerles una ponencia de Humanidades, tan desabrigadas las pobres aunque todos y en todas partes las mencionemos una y otra vez. El libro es desde Gutenberg un emblema de la cultura del hombre sobre la Tierra. Ha evolucionado mucho desde 1457 pero ha cumplido siempre, sin desmayo y de manera creciente, su función única: dar a leer. Un libro es un objeto cuya función es la lectura. Se hace para leer. De ahí su enorme importancia histórica. ¿No es la historia moderna del entendimiento (a la manera de Kant) la historia del libro, la historia de la lectura? Y repitiendo una vez más el viejo aforismo publicitario, “Sin lectura no hay cultura”, tal vez tendríamos que aplaudir, como una aparición providencial —absolutamente innovadora desde Gutenberg— la del

llamado libro electrónico.

Que es electrónico, producto de la tecnología más avanzada, no echa sobre él ninguna sospecha; al contrario: sólo queda congratularse. Pero si tenemos en cuenta la teoría de la recepción, el buen lector no sólo se modifica a sí mismo al leer, sino que modifica también lo que lee. El libro es un medio de subjetivación y cada vez que volvemos a leerlo nos enriquece de forma diferente. ¡Cuán distinta la deslumbrante *Montaña mágica* de mi juventud, si la comparo con la que acabo de volver a leer —el mismo ejemplar atesorado y querido— por tercera vez hace unos meses! ¡Cuán distinta ella, cuán distinto yo! Pero la gran pregunta, una de las que nos reúne hoy aquí, es más profunda y difícil de contestar: ¿y leída en la *lap top*, en el iPad? Volviendo a la teoría de la recepción, ¿son lo mismo lo que dicen esas mismas palabras en uno u otro soporte? Ya Machado lo dijo: “Los ojos que ves no son / ojos porque tú los veas, / son ojos porque te ven”. Los ojos del libro ¿nos ven? Indudablemente: nos ven y nos hablan.

Decía Unamuno que habría que enseñar a los niños a leer oyendo: ¡leer oyendo al libro! Y dice también Sarra-mago que la lectura de una novela comienza cuando,

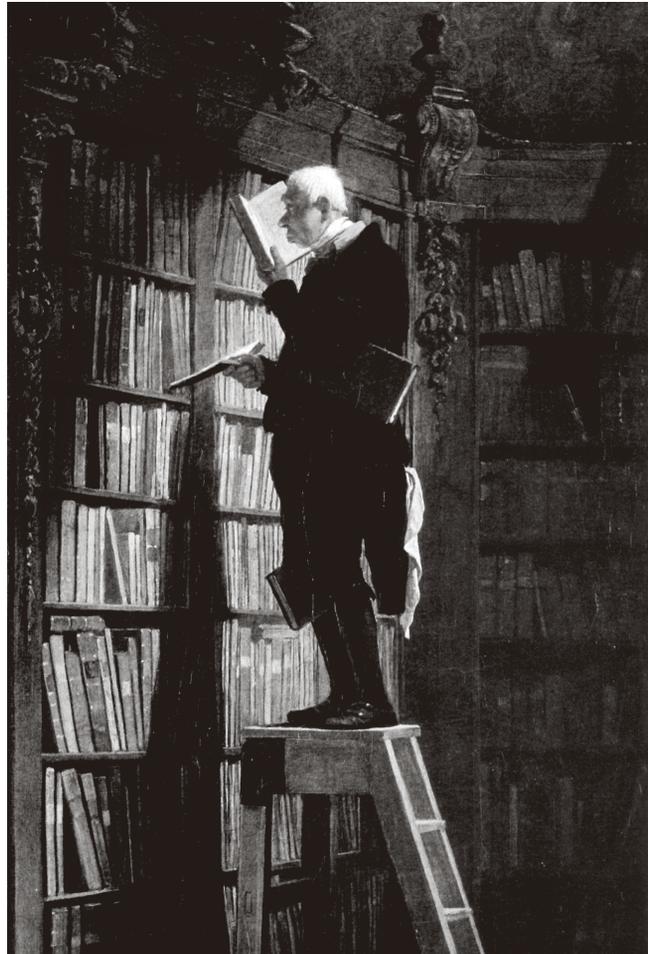
al cabo de las difíciles primeras páginas, empezamos a oír a los personajes, al autor. No hacía más que adelantarse a la teoría dialógica de Bajtin. La lectura no es una comunicación directa: pasa, como decía Dámaso Alonso, por “los obradores del alma”.

Pensemos en el que escucha la lectura en voz alta que hace de un buen libro otra persona y, por bueno que sea el lector, comparémosla con esa actitud privilegiada de quien suspende la propia lectura silenciosa, y cierra los ojos y el libro, dejando un dedo entre sus páginas, para pensar en lo que ha leído; o el de quien la interrumpe para ir a la solapa del libro a contemplar el retrato del autor y decirle callada y admirativamente que, en efecto, así es.

Este suceso singular no está exento de graves amenazas en su propio terreno. Todos hablamos a diario de la crisis en medio justamente de un *boom* electrónico, digital, que está amasando millones de dólares todos los días. En medio de esa crisis global hay un rincón casi invisible para la crisis del libro, en general, y muy especialmente, en lo que nos toca a la mayoría de nosotros, del libro académico.

En un viejo número de la revista *PMLA* de la Modern Language Association, un artículo de la profesora Kathleen Fitzpatrick planteaba crudamente el problema de la relación entre medios viejos y nuevos de la edición de libros, y lo asociaba a la temible premonición de la obsolescencia. La obsolescencia de la que hablaba era, en primer término, la del libro tradicional (soporte papel) y especialmente la del libro académico universitario y la de las revistas institucionales que sufren desde hace algunos años una crisis severa en muchas universidades y organismos culturales públicos. Hay miles de libros y revistas que, con el propósito de extender la cultura, salen en todos los países del mundo, para no hablar de las incontables reediciones de los autores clásicos. Es el tesoro inmenso del pensamiento humano, “el capital de la cultura” del que, frente al capital económico, hablaba Bourdieu. Para mantenerlo vivo y libre de la obsolescencia de que hablaba la profesora Fitzpatrick (y ella se refería especialmente a las editoriales universitarias de Estados Unidos) hay miles de bibliotecas y de bibliotecarios y bibliotecólogos que, para conservarlo, se afanan por tener al día sus colecciones y catálogos. Los departamentos de “canje” tienen cada vez mayor volumen de trabajo y, a pesar de sus esfuerzos, hay una inmensa red (una verdadera “internet” en soporte papel) que se cuece en su propia salsa bibliotecaria. Ese peligro existe; pero tengo la impresión de que esa temible obsolescencia resulta mucho más previsible en el libro electrónico. Veamos.

En el mundo desarrollado o en vías de desarrollo casi no hay niño en edad escolar que, de una manera u otra, pueda privarse ya de Internet. He visto en no pocos pueblos casi escondidos a los que ha llegado ya la educa-



Carl Spitzweg, *El ratón de biblioteca* (detalle), 1850

ción pública, media docena de “cafés-internet” donde se atarean niños de secundaria o preparatoria copiando la tarea encomendada por el maestro. ¡Y cuántos no tienen ya su celular o incluso su iPod en el bolsillo! ¿Para leer o para jugar o chatear, o para oír música (en el supuesto caso en que lo sea realmente)? En la escuela, el maestro ha de andar vigilante. Al menor descuido, el muchacho o la muchacha están jugando. Como sabemos, muchas escuelas prohíben la entrada de celulares en el recinto escolar. Es una muestra flagrante de la tesis que defendemos.

Porque, ya refiriéndonos al iPod, que está en los bolsillos de tantísimos niños y adolescentes, y del *e-book*, que lo estará pronto, ¿estamos realmente hablando de un libro? ¿Es la lectura la función que lo define?

Desde hace poquísimo tiempo, sus inventores han decidido llamarlo “pad” (bloc de papel —dice el diccionario—, taco de calendario, almohadilla de entintar..., y, como verbo: formar blocs de papel, aumentar —un escrito— con material superfluo). Un joven estudiante no sabe lo que es un *e-book*, pero todos saben ya perfectamente, y aspiran a conseguirlo, un iPad (a diferencia del iPod que ya poseen y que, según el *Appleton*, significa vaina de legumbres, pero también manada de aves u otros animales, lugar, en fin, en el que caben muchas cosas). El iPad empieza ya a denominarse “tableta”, clasificándolo con toda lógica como una verdadera

revolución en los “medios de comunicación”, no precisamente en los de la cultura.

Hace ya unos años, en un simposio internacional semejante a éste y con igual asunto, un joven maestro, que llegaba al coloquio armado orgullosamente de uno de los primeros iPad, nos contó todo lo que había podido hacer con el nuevo maravilloso “medio de comunicación” en las pocas horas de su viaje al simposio: se había enterado de todos los últimos resultados de las ligas de fútbol de diversos países; había visto las fotos del último accidente ferroviario y de los efectos del más reciente acto terrorista; había resuelto un par de acertijos; había escuchado algunas de sus canciones favoritas que había tenido la preocupación de insertar antes de su salida; había chateado un poco con su esposa y todavía le había dado tiempo de pergeñar algunas notas de lo que habría de decir en nuestro coloquio, siempre a la vista del horario y del tiempo que faltaba aún por llegar a su destino. ¿Era aquello un “libro electrónico” o una maravillosa derivación sofisticada y extendida de lo que ya se llamaba simplemente ordenador de bolsillo? Nos dijo que podía meter en su “libro electrónico” no sé cuántos miles de páginas de libros, aunque todavía el repertorio disponible era, peyorativamente, “clásico”.

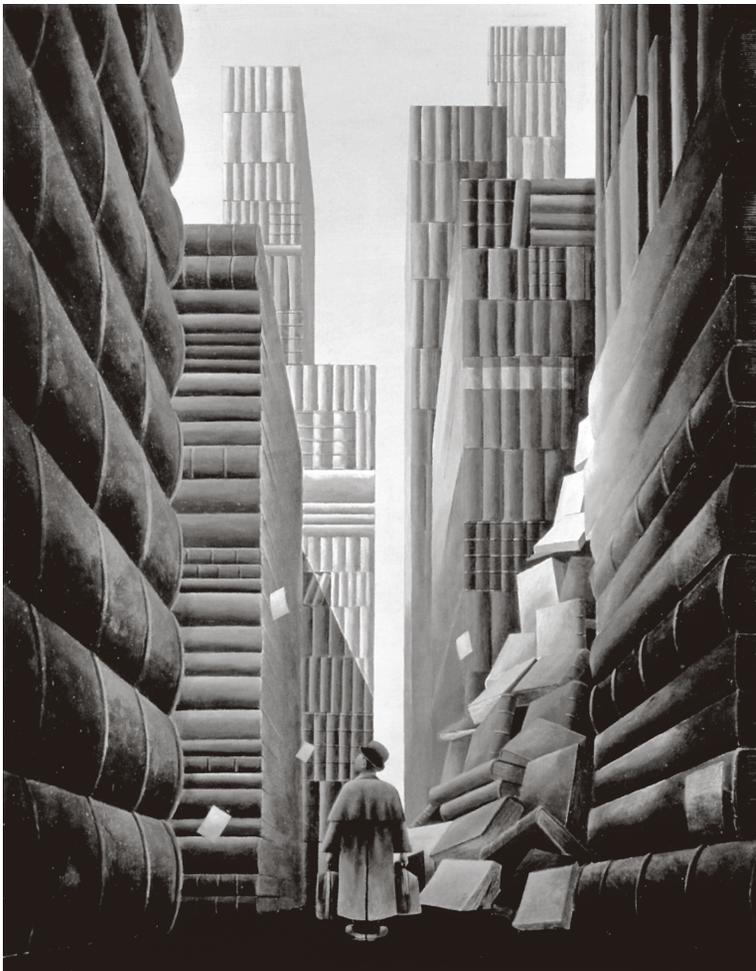
Cuando Unamuno —según recordamos poco más arriba— afirmaba que había que enseñar a leer a los niños con los oídos más que con los ojos, nos estaba di-

ciendo que el libro es tiempo, vida en tiempo (también Machado: “Poesía, palabra en el tiempo”) y que considerarlo como un espacio, como un lugar (palabra en la página) sería convertirlo en espacio para una imagen, y no es casual que casi todos los invitados a este simposio nos hayan ofrecido predominantemente imágenes, pantallas, reproducciones: ¿por qué lo visual sobre lo verbal?

Giovanni Sartori, en un ensayo que, sin remedio, se ha hecho rápidamente viejo, *Homo videns* (hombre que ve), nos habla sobre un asunto que no se nos va nunca de la boca: las horas que un niño pasa frente al televisor o, ahora, frente a los juegos electrónicos. Y contaba: cuando los papás se van al cine o a una cena de amigos dejando a sus dos o tres pequeños hijos a cargo de la empleada o de una *baby sitter*, ¿qué es lo primero que hace ésta en cuanto se ve sola con los niños? Encender el televisor en un programa infantil o casi infantil. Los niños empiezan así a ser niños que ven pero que no leen; desde su menor edad, será un niño *videns* y, al paso de los años, acabará siendo un *homo videns*. Quedará plenamente predeterminado. Y ello, desde cierta edad, ya no tiene vuelta atrás. Pasará a su debido tiempo a la *laptop*, al juego electrónico y, por supuesto, al Facebook y al Twitter. No hace falta tener mucha imaginación para saber lo que hará cuando tenga en sus manos la “tableta”. Los pródromos están a la vista. Me contaba un amigo: han ido a una comida familiar, se reúnen en torno a la gran mesa de los abuelos, seis adultos y cinco niños y, en cuanto terminan los postres, los adultos prosiguen animados los temas iniciados durante la comida, y cada uno de los niños saca de su bolsillo su ordenador y se pone a jugar en perfecto aislamiento. Da gusto. Se acabaron aquellas revolturas de los niños saltando de sillón en sillón, o dibujando tirados en el suelo y llenándose de polvo.

El mercado electrónico lo sabe muy bien, y hoy sucede algo verdaderamente criminal: los mejores talentos de animación electrónica están compitiendo furiosamente, desde distintas compañías, por crear cada vez más asombrosos juegos electrónicos y ganar ese mercado del niño *videns*. Esos juegos electrónicos son un gigantesco negocio y ya han entrado en las famosas tabletas multiusos. Niños y adultos quedan atrapados en esa gigantesca mentira de los infinitos espacios virtuales y han generado una novísima enfermedad psicológica: la del adicto a los juegos electrónicos.

Confieso que me encantaría tener una “tableta” y llenarla de no pocos libros que siento necesidad de leer. Pero el productor del artefacto y de los libros me mira con desconfianza: apenas pertenezco al uno por ciento de la población del planeta con semejante interés. Y si quiero meter un libro contemporáneo en el iPad, ¡tengo que comprarlo primero en Amazon! El mercado no se fija en mí ni de reojo; tiene ya un mercado ya hecho,



Bob Lescaux, *La escritura dura*, 1999

varias veces millonario. Y por ahí irán. El “libro electrónico” no es una nube de verano. Pero estén tranquilos los editores de libros y los libreros. Las nubes negras vienen del lado de la creciente pobreza del mundo.

El mundo se desculturiza a pasos agigantados. En un excelente brevariario del Fondo de Cultura Económica (*La influencia del cine y de la televisión*, de Seat y Fougeyrollas), dicen los autores que se ha abierto “una grieta entre el saber de la inteligencia y el saber-vivencia de los mensajes visuales”, lo cual implica la derrota del saber ante la participación directa, la sustitución de lo verbal por lo visual: la decadencia del culturismo. Pregunte por ahí, en la calle, cuál es la capital de Ecuador, el teorema de Pitágoras o el nombre de una novela de García Márquez. La gente no sabe. Es más: asegura que ser culto no sirve para nada. Me lo dijo un maestro de secundaria. “¿Y para qué sirve saber todo eso?”.

Pero la solución no es tan difícil. Estriba en una decisión educativa absolutamente central e irrevocable: la educación primaria debe dedicarse enteramente a la enseñanza de la lectura y de la escritura; y de las “cuatro cuentas”, como antes se decía. Necesitamos una secundaria con alumnos que sepan leer y escribir cabalmente, y maestros que calibren la importancia de ello. Yo propondría la refundación de la Escuela Normal Superior. Un niño que, al salir de la primaria, comprende en verdad lo que lee y sabe escribir con cierta temprana imaginación es una perla. De lo contrario, la secundaria será, como ha dicho un eminente pedagogo, una “catástrofe nacional”, un analfabetismo funcional generalizado.

El “libro electrónico” (el hasta ayer *e-book*) no es un libro; es una “tableta multiusos” (y así se empieza ya a llamarla) que acabará aumentando (aunque no es seguro) el florecimiento de los Facebook y los Twitter. Está típicamente ubicado en el inefable mundo estadounidense de la “industria del *entertainment*” (así lo llaman con toda desvergüenza), gran negocio sin límites y creciente. Cuando Mallarmé —he leído en algún lugar— le decía un día a Degas que lo veía meditabundo, que dejara los pinceles y se tomara unos días de diversión, él le contestó: “Es que a mí las diversiones me aburren”. Y, en efecto, es lo que comentaba Bergamín del “entretenimiento”: lo mantenía a uno “entretenido”, “tenido” en vilo para no caerse de puro vacío. Así entretienen a las tres cuartas partes del público general en todo el mundo. El iPad está ahí. Pronto ocupará el centro del ocio y del negocio, y la electrónica está ya trabajando acezantemente para poner a nuestra disposición, y a la de nuestros hijos o nietos, nuevos y más atractivos “entretenimientos”.

Tal vez mañana sea, no obstante, norma corriente que el libro electrónico, que se nos anuncia con poco convencimiento, puede al final llegar a ser un medio victorioso de lectura entre los jóvenes. Pero para ello será forzoso —obviamente forzoso— enseñarles a leer, a leer

en voz alta, a leer poesía, y no dejar pasar un solo día de la escuela primaria sin hacerlo. Y esto presupone una verdadera revolución en la enseñanza primaria. El bloque de plastilina y las crayolas son muchas veces, con el favor de los profesores, los enemigos de la lectura. ¡Qué más quisiéramos una secundaria de niños realmente lectores con la escritura que viene con ella ya para toda la vida! Decía la eminente ensayista canadiense a la que cité poco más arriba que algunas empresas e industrias de su país y de Estados Unidos buscan ya con cierta desesperación personas que sepan leer las cartas y documentos que se reciben y que sepan contestarlos correctamente. A eso se le llama también inteligencia. Y hay que conquistarla desde la primaria arrinconando al niño *videns* y convirtiéndolo en un niño *sapiens*, en un niño lector.

Mañana nuevas generaciones tendrán otras necesidades académicas, otros hábitos, otras urgencias, otras perspectivas de trabajo intelectual. Habrá de nacer un verdadero público lector que, en definitiva, si alcanza a serlo, gozará de otros medios. Para él hemos entrado en la era digital con un nuevo tipo de libro que vaya a cumplir su función decisiva, centro motivador de imaginación y de conocimiento, y ser así más cultos y menos entretenidos. **U**

Texto leído en el Simposio Internacional del Libro Electrónico en el Museo de Antropología e Historia, el 19 de septiembre de 2011.



Benedetto y Giuliano da Maiano, *Gabinete del duque Federico de Montefeltro*, siglo XV